

Juan Antonio GONZÁLEZ IGLESIAS

PABLO

Unos adolescentes en bicicleta acaban
de preguntarnos por el lado oeste de la Mezquita.
Miran con impaciencia la pantalla
del teléfono móvil, donde leen instrucciones.
Están participando en un juego de rol.
Es probable que busquen
la gran puerta de bronce, tachonada de oro,
sublime bajo el arco de dilatada curva como en Estambul o Damasco.
Pero esta tiene que ser la fachada sur,
porque recibe el sol de pleno a esta hora, pasado el mediodía.
Al saberlo, se marchan con la agilidad que se asigna a los
cuerpos celestes.

A esta hora, pasado el mediodía, está Córdoba
a la vez fresca y cálida, encendida sin fuego,
matinal como una semilla
que despierta en enero, iluminada
por el desenvolvimiento imparable de la primavera
Es una columna romana que prevé más altura.
En la iglesia, hace un rato
bajo la estatua de San Miguel Arcángel
en medio del perfecto ritual católico
que tanto te gustaba, el sacerdote
ha bendecido con agua tu sueño,
ha hablado de tus versos y ha dicho que tú eras,
como somos cada uno de nosotros,
imagen de Dios.

Me gusta imaginar a Dios parecido a ti.

Será lento y paciente.
Sus momentos serán como los tuyos,
destellos sencillos,
agua en el nadador.
Será longevo, para hacernos comprensible la eternidad.
Desconocerá actitudes innecesarias
como la ambición o la altanería.
No causará heridas. Al contrario,
todo lo curará con milagro invisible.
Será sabio e ingenuo inseparablemente.
Estará enamorado del mundo y de sus cosas
y de sus criaturas, todo lo mirará
muchas veces. Por eso dará la primacía
al ocio. Sonreirá. Dibujará tapices.
Leerá y releerá libros. Estará
encantado con todo. Amará a cada uno
como tú nos has amado a cada uno de tus amigos.
Será lenguaje y será poeta
sin más, completamente.
Y será como tú, siempre un muchacho.